

# La gran obra llegará... o no llegará nunca

Entrevista con Huberto Batis

—¿Desde cuándo empezaste a hacer crítica?

—Desde estudiante, en la Facultad y en El Colegio de México, en trabajos escolares y reseñas. En 1960 Carlos Valdés y yo editamos una revista, *Cuadernos del Viento*, que vivió seis años; en ella sacábamos una sección que se llama "Palos de Ciego", en la que les tirábamos a quienes parecían merecerlos, de cualquier grupo, de derecha o de izquierda, jóvenes o consagrados. El ciego no sabe a quién le da el palo, lo cual quería decir que nos proclamábamos descarada y humildemente irresponsables.

—¿Qué resultados obtuvieron con su sección?

—Ganamos muchos lectores. A los intelectuales, como a toda la gente, les encanta ver cómo le sueñan al vecino; también nos ganamos, por supuesto, resentimientos y hasta enemistades que 20 años después perduran. Tanto fue así que Carlos Valdés muy pronto me pidió que quitara su nombre del directorio de la revista, pues empezó a sentir alguna represión. Alguien le dijo que estábamos emulando a *Metáfora*, una revista anterior, en la que Jesús Arellano había hecho burla desde Alfonso Reyes para abajo. Luego vinieron presiones y malas caras. No era para tanto.

—¿Quieres decir que entonces era igual que ahora?

—En aquel tiempo se usaba en las letras un lenguaje muy respetuoso de las jerarquías (me refiero a los años 50). En la *Revista Mexicana de Literatura*, Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo se lanzaron fuerte a desublimar y ridiculizar el lenguaje de los mandarines. En el suplemento de *Novedades*, *México en la Cultura*, Fernando Benítez

¿Y nuestra crítica literaria? Ah, ¿pero es que existe en México una crítica literaria? Sí, existe; por lo menos de hecho. Lo cual no impide que no sirva para nada. Cuando no el resentimiento, o el deseo de hacer favores a los amigos (dos extremos que se tocan), la inspira la impreparación. Un crítico literario no se improvisa. La crítica es una disciplina que requiere disposiciones naturales, claridad de visión, ecuanimidad; conocimientos amplios y profundos, y no sólo de una literatura sino de varias; un pensamiento congruente, cultura general, sistema, comprensión plena.

¿Qué encontramos en cambio, a grandes rasgos? Demagogia, gratuidad, incongruencia, incompreensión, temor de expresar la verdadera opinión, ausencia de fundamento, arbitrariedad, confusión, ignorancia. Un panorama contradictorio. Y estéril.

Jaime García Terrés

"El ambiente literario de México", 1959

bombardeaba a los santones con cabezas llenas de ingenio y de mofa. Ustedes no tienen idea de lo bien que nos sentimos cuando aquel lenguaje liberador rompió con una especie de helada costra dizque aristocrática, más que nada burocrática. En las pláticas de café la virulencia era una fiesta; recuerdo particularmente uno en la calle de Orizaba, a la vuelta de El Colegio de México, en donde los antiguos despellejadores de las librerías, de que nos hablaban los viejos maestros, eran emulados por Ali Chumacero, Emmanuel Carballo, Manuel Calvillo, Juan José Arreola, Ernesto Mejía Sánchez, Antonio Alatorre, entonces muy serio, no venía con nosotros pero en las sesiones de los filólogos era temible. En El Colegio tuvimos maestros de ironía sobrados como don Alfonso y Daniel Cosío Villegas, éste venenoso, a veces viperino. En la Facultad la escuela de crítica estaba en el café; ahí conocí a Jorge Ibargüengoitia, a Salvador Elizondo, a Luisa Josefina Hernández. A Juan García Ponce lo vi por primera vez en el Centro Mexicano de Escritores, y luego estuvimos muchos años cerca en la *Revista de la Universidad*.

—¿Cuál es el fin de la crítica literaria?

—Dar cuenta de lo que la literatura comunica, cómo lo comunica y de sus valores, tanto intelectuales como emocionales. Su objeto es ayudar al progreso de la comunicación fina, precisa, discriminativa, sensible. El crítico es un lector, un buen lector, con cuya lectura puedes comparar la tuya.

—¿Por qué te interesó a ti la crítica literaria?

—No hacía precisamente crítica literaria: externaba opiniones, decía las cosas que se me ocurrían sobre libros, escritores, editoriales, revistas. Recuerdo que el estilo de Agustín Yáñez, nuestro maestro de Teoría literaria, nos parecía muy ampuloso; en un palo de ciego escribí, no recuerdo con respecto a qué, "todo lo que dice Agustín Yáñez está muy bien, quitando lo de la leche y lo de la luz", porque para todo sacaba a relucir la Vía Láctea. A los escritores de entonces no les interesaba como ahora lo *expresivo* sino lo *brillante*, ¿me entiendes? Así como era adorable la sencillez de Julio Torri, nos parecían insoportables las solemnidades del *Dómine* González Montesinos. Bromeábamos sobre el atildamiento, la pulcritud, el medio tono crepuscular, la cortesía mexicana encarnada en José Luis Martínez, mi profesor de crítica y de interés por lo mexicano. Si tú lees nuestras notas de juventud encontrarás sobre todo irreverencias con los monstruos sagrados. Creo que eso fue sano. Me falta recordar la escuela de Salvador Novo, a quien leíamos en el periodismo con fruición, y luego las lecturas de los Contemporáneos, sobre todo de Villaurrutia y del gran descubrimiento de nuestra generación: Jorge Cuesta, quien puede decirse nos enseñó a pensar sin miedo a la locura. A Octavio Paz lo vimos en *Poesía en Voz Alta*; alguna noche, después de las funciones



de teatro, pude conocerlo y oírlo, junto con Juan Soriano, Tomás Segovia, Inés Arredondo, Juan García Ponce... Me deslumbró la velocidad de su mente, como me había ocurrido en Filosofía y Letras con José Gaos, con Edmundo O'Gorman. Una cena entre algunos de aquellos escritores equivalía a un curso, a innumerables lecturas. Te lo daban todo digerido, aprovechable. A mi maestro Sergio Fernández debo parecidas gratitudes y admiraciones; en sus reventones aprendías de pintura, de cine, de teatro... Recuerdo una tarde de domingo en que me invitó a una reunión en la que se comía prójimo a lo caníbal; ese día recibí una lección de crítica de otro de mis maestros a quienes tuve oportunidad de conocer fuera de las aulas: Luis Cernuda, quien no dijo una palabra en cinco horas....

—Además de Cuadernos del Viento en qué otra revista escribiste?

—En la *Revista de la Universidad*. Ahí, Jaime García Terrés hizo algo que muy pocos han repetido; repartió los trabajos entre sus colaboradores, todos muy jóvenes, y nos dejó la responsabilidad de experimentar; a mí me tocó algo realmente humilde, corregir las pruebas de imprenta, lo que me obligó a leer la *Revista* dos o tres veces cada número durante más de diez años. Frecuentemente recomiendo a mis alumnos que se pongan a leer esa época de la *Revista de la Universidad*, en la que se nos abrió el mundo. Ahí nos fuimos formando, fogueando. Puedes leer en sus páginas notas de todos nosotros. Allí se pueden encontrar opiniones de

Juan García Ponce sobre artes plásticas, de Jorge Ibargüengoitia sobre teatro, de Juan Vicente Melo sobre música, de José de la Colina y Emilio García Riera sobre cine; José Emilio Pacheco hacía una sección de examen de la cultura mundial; de libros escribíamos todos.

—¿Cómo eran esas notas?

—Descriptivas, las llamábamos “fenomenológicas”. Se trataba de transmitir más bien el qué que el cómo del libro. García Terrés intentó que la revista ejerciera una de las funciones más riesgosas de la crítica, la comparativa, la judicial; nos exigió que pusiéramos calificaciones. Bueno, malo, regular, excelente, recomendable o algo así; vaya al teatro tal, no vaya a ver esta película. Los críticos muy pocas veces se meten a jueces o a dar recomendaciones.

—¿Y deben serlo?

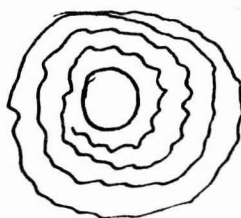
—Claro, lo son en todos los casos, pero el juicio contundente, abierto, se dejó tradicionalmente a la historia, al tiempo; el juicio final pertenece al consenso, a la voluntad general. Las obras van ocupando su lugar en las tablas de valores, siempre fluctuantes, con ajustes y equívocos continuos, como sucede en la pintura, en la música, en el cine, en todas las artes. Hay ajustes del gusto a muy largo alcance, a veces hasta de siglos. Te sabes de memoria cómo la crítica de Alfonso Reyes recuperó a Góngora, cómo la de Amado Alonso nos abrió a Neruda, Paz a Pessoa y a tantos. Yo creo que la función principal de la crítica, quizá influido por mis años de maestro y de crítico de *petit comité*, es la exégesis, que ayuda a leer. Todos mis años de estudios literarios, históricos, gramaticales, lingüísticos, de idiomas, teóricos, etc., lo único que creo que han hecho conmigo es convertirme en un lector menos inhábil de lo que era cuando llegué de Guadalajara. La gente te pregunta qué leer, lo que debía aprender es cómo leer.

—¿Cómo se critica?

—Calificando, creo yo, cuantificando y valorando. Mira, el juicio interjetivo, directo, que suele hacer la gente, toda respuesta es ya crítica. Mientras más enterada, más acertada será en su calificación. Todo se reduce a exclamation “qué espléndido relato, qué espléndidos poemas”, adjetivo de moda en nuestros días entre los críticos. Si lees *Vuelta*, *Siempre!*. (*La Cultura en México*), *Proceso*, *Sábado*, verás cómo se abusa del “espléndido”. La adjetivación es pirotécnica más que crítica, pero todo sistema de valoración se explicita a base de adjetivos cada vez más atinados.

—¿Qué les dices a tus alumnos para que se atrevan a opinar?

—Que digan lo que se les ocurra que merece lo que comentan. Algunos sólo atinan a expresar sus “Uff”, sus “¡padrísimo!”, sus “grueso”. Les pido que busquen algo más particular, menos coloquial, más descriptivo, y en la medida en que van encontrando más adjetivos se van acercando al único





preciso, el realmente objetivo, que es el tautológico. Cuando Heidegger dice "el agua es aguada" o cuando José Gorostiza exclama "¡qué agua tan agua!" definen tautológicamente, y consiguen la única calificación posible: la del espejo. Decir algo de una novela, de un poema, es acercarse lo más posible a la tautología del reconocimiento, del reflejo de la emoción, de la vivencia (para usar una palabra que se usó mucho y que hoy está desprestigiada).

—Entonces el crítico es un recreador...

—Sí, por supuesto. Nada más que esa crítica está reservada a los creadores, que suelen ser los poetas, los grandes escritores; los que pueden escribir otro poema para celebrar el que acaban de leer, o los que lo pueden continuar variándolo, profanándolo o mejorándolo; los que pueden escribir otro libro, si es necesario, sobre el que opinan. La mejor de las críticas posibles es el espejo, el reflejo, el eco. Roland Barthes habla de un texto crítico que se hace "flotar" sobre el texto que se comenta, una especie de paráfrasis genial, una repetición. Imaginate lo que se necesita para decirte a Rilke en Rilke: el crítico tiene que ser otro artista. Es muy conocida aquella lección que Eliot dio a los norteamericanos que lo invitaron a explicar su *Waste Land*: leyó el largo poema una y otra vez hasta que lo creyó suficientemente comprendido. Yo creo que la lectura de una gran obra es infinita, una especie de *work in progress* perenne..., igual que le parecía a Valéry inacabable la escritura.

—¿Quiénes, para ti, han logrado eso?

—Los grandes, por ejemplo Baudelaire, uno de los grandes críticos recreadores. El podía "flotar" sobre un texto anterior, sobre un cuadro e incluso podía traducir lo pictórico a lo literario con otra obra maestra.

—¿Qué promueve el crítico?

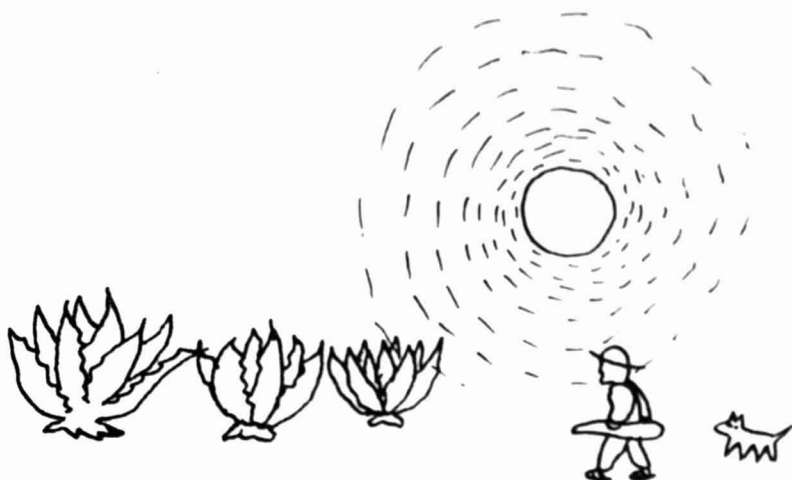
—El crítico aspira a captar la entelequia del texto, su regla interna de crecimiento, su modelo ideal de perfección, y debe promover la comprensión y el goce de la literatura, que son lo mismo; también debe, si se atreve, a estar vigilante para condenar lo inferior y denunciar lo fraudulento (lo hace heroicamente Monsiváis en "¡Por mi madre, bohemios!").

—¿Cómo ves tú la crítica en México?

—No la veo, porque no hay aquí crítica. Es algo que se repite una y otra vez. Octavio Paz nos lo reprocha; él es uno de los grandes poetas y a la vez uno de los grandes críticos porque ha dedicado muchísimo a esa labor para la que ha tenido que plantear sus bases teóricas en textos fundamentales desde *El arco y la lira* hasta *Vuelta*; Paz es crítico de pintura, de literatura, de política, de historia..., de todo nos ha dado su visión. Cuando dice que echa de menos la crítica en México, se refiere a una crítica militante, práctica, diaria, numerosa. Ojalá llegue el día en que se pueda leer en nuestro país opinión, opinión en voz alta, de los intelectuales mexicanos, y no tengas que andar cazándola en chismes, en el secreto, en el discreto....

—¿A qué se debe eso?

—A que en este país la gente no se atreve a opinar públicamente de nada aunque en privado opine hasta de lo que no. Supongo que desde la infancia lo aprendemos, dada la educación familiar y escolar represivas. Se dice que la Universidad debe ante todo formar mentes críticas, pero en la misma Universidad resulta arriesgado, molesto, a veces suicida opinar sobre maestros, planes de estudio, autoridades. Las reformas nunca se dan desde abajo, siempre vienen de lo alto. Para mí que los planes de estudios y de difusión o investigación debían estar en revisión continua puesto que se trata de un trabajo conjunto de maestros y de alumnos; la Universidad en pleno debía estar revisando su actualización y atingencia en cuanto a los fines que se supone debe obtener. La "educación superior" está formando cada vez más técnicos y cada vez menos intelectuales; te ofrece ingenieros, médicos especializados, pero los críticos, los intelectuales se tienen que formar un tanto al margen de la universidad, sobre todo en las humanidades, en la literatura, en sociología, en política. Yo creo que los intelectuales de la literatura de este país siempre se han hecho a sí mismos, fuera de la Universidad. De mi generación te puedo decir que casi todos: Segovia, Pacheco, Monsiváis, Elizondo, Melo, García Ponce, Colina. Preferían viajar a otros países, sumergirse en las bibliotecas, trabajar en las editoriales, vagar por Chapultepec. En sus objetivos oficiales, la Fa-



cultad te dice que tiene como fin primordial la formación de profesores de literatura, para la preparatoria si bien te va; aunque se agrega el consuelo de que a lo mejor los estudiantes serán capaces de llegar a escribir o de trabajar en los medios de difusión, la eterna panacea. Miles y miles, en cantidades aterradoras, han pasado desde la Escuela de Altos Estudios por Filosofía y Letras, y no se ha notado. Somos un país de profesores, de maestros. Más les valía a los estudiantes meterse a la Biblioteca Nacional, si tuviera los libros necesarios, si quieren entrar en la Literatura y no quedarse sólo de gramáticos, ortógrafos, etimólogos, correctores de estilo, o los llamados lingüistas.

—¿Los estudiantes de la Facultad leen?

—No hay dinero para comprar libros: cada día son más caros, ni hay bibliotecas (en la Facultad no estaba *Muerte sin fin* de Gorostiza, el máximo poeta mexicano, ni siquiera en la edición de la UNAM, que como sabes todo lo que imprime lo embodega; Manuel de Ezcurdia, el director de nuestra Biblioteca, me tuvo que prestar una edición suya y yo traer las mías un día que quisimos hacer una exposición bibliográfica); las editoriales hacen tirajes ridículos, de dos mil ejemplares, de mil, de quinientos. Una muchacha escribió cómo había gozado con *El gansito patinador* un día que, deseoso de deprimirme, les pedí a los alumnos que contaran su ingreso en la literatura.

—¿Los de tu generación habían leído?

—Por supuesto que no (hablo de mis condiscípulos, los que obtuvieron títulos y se perdieron en el

anonimato) y seguramente nunca leyeron nada. Actualmente se necesita reservar unos dos mil pesos mensuales para comprar libros y estar medianamente enterado y al día. ¿Quién los tiene? Los estudiantes más pobres gastan en transportes, humaredas y tentempiés unos 20 pesos diarios; no gastan su equivalente en libros. Los que leían eran los que ahora viven en la literatura: Melo, Colina, Arredondo, García Ponce, Elizondo, Pacheco, Sáinz... Habíamos leído toda la vida, era de lo único de lo que hablábamos, de libros, de bibliotecas, de librerías. Cuando llegábamos a casas unos de otros era a husmear, a saquear, a pedirlos prestados o a robar los libros. Ayer me dijo García Ponce que ya me puede devolver *Los sonámbulos* de Broch, que me había regalado pero que me había pedido para no sé quién. Nuestros libros siguen circulando todavía.

—¿Y tenían opinión crítica?

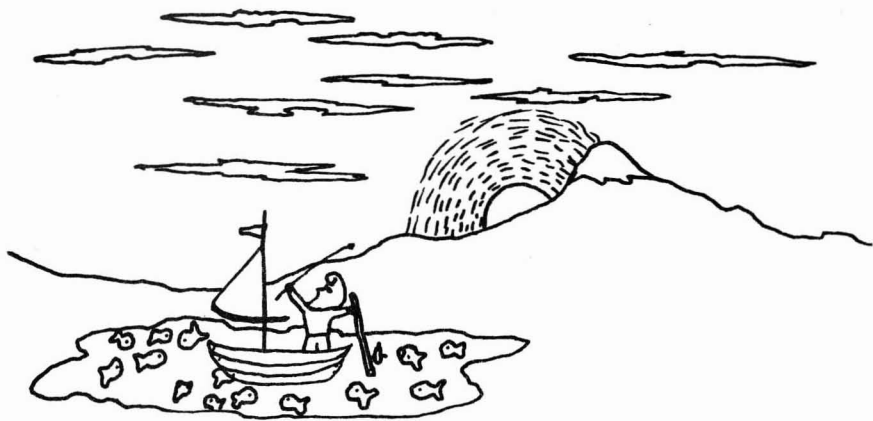
—En la conversación se iba formando el criterio, confrontando el propio juicio con el de los demás, discutiendo, peleando. No podías formarte, por ejemplo, un criterio sobre la literatura mexicana en manuales o en periódicos, donde lo único que existía era el juicio perfumado, correcto, académico, muy cuidadoso de no molestar u ofender nunca a nadie, una especie de loa, celebración o festejo de las genialidades nacionales.

—Pero esto se sigue haciendo ¿no es verdad?

—Sí, en el submundo de la "literatura de sociales", en cocteles y chupes de editoriales y librerías cuando "lanzan" los nuevos títulos y autores.

—Pero, háblame de tu experiencia cuando estudiante.

—De alguna manera en las revistas literarias empezaban a aparecer los connatos de un pensamiento crítico más serio, en los ensayos que hacíamos. Imaginate a muchachos de veinte años hablando de la obra de Thomas Mann, de Pavesse, de Joyce, de Valéry, de Faulkner; hacíamos, más o menos, ese tipo de desfachateces que hacen hoy los Vallarino, que se despachan vida y obra de Díaz Mirón en unas cuartillas, o toda la generación de Contemporáneos. Eso es lo importante, la personal respuesta, decir lo que los libros te dicen a ti como lector vital. Después vendrán los libros, los grandes estudios. Recuerdo un mediodía que acompañé a Alfonso Reyes a tomar un taxi desde El Colegio de México; le hablé de mis dudas, de mis temores de incapacidad... Me dijo que me pusiera a leer y leer, que escribiera lo que me diera la gana, que la gran obra habría de llegar algún día. Se subió al auto y al despedirse me dijo, mirándome profundamente, "o no llegará nunca... y qué". En el suplemento de *Siempre!*, *La Cultura en México*, a donde fuimos a dar cuando echaron honrosamente a Benítez de Novedades, empecé a opinar, junto con Federico Álvarez, en la sección Los Libros al Día. Antes de nosotros habían estado Enrique González Casanova, José Luis Martínez, Ali Chumacero, Carba-





llo, y nos pasaron la estafeta. Estábamos aterrados; llegábamos con las notas y las veían en la redacción Fernando, García Cantú, García Terrés, luego el implacable Pacheco, y las pasaban, a veces afinadas, a Vicente Rojo para que las formara, o nos las regresaban. Era una especie de examen continuo. Una vez encarrilados, nos soltaron.

—¿Qué clase de crítica te interesaba más?

—Los ensayos largos; recuerdo haber hecho con dedicación uno sobre Xavier Villaurrutia, por el que todavía respondo, en la *Revista Mexicana de Literatura*. Eso era mejor que escribir por encargo, cada semana, sobre los libros que iban apareciendo. La tarea del reseñista es cruel, te lleva mucho tiempo y no es muy estimada; por eso casi nadie la quiere tomar en las revistas, prescindiendo de la paga, verdaderamente ridícula, de subempleado.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el suplemento de Benítez?

—Varios años, unos cinco o seis. Me fui ganando un público, y me empezaron a llamar de aquí y de allá. Con *Pepe* de la Colina fui a fundar en *El Heraldo* un suplemento que dirigía Luis Spota; estuve un año, hasta que por fortuna me corrieron, según me dijo Spota, por que a Echeverría, entonces ministro de Gobernación, no le gustó no se qué que yo dije sobre los premios nacionales de ese año, que ganó Torres Bodet, o porque publiqué mi renuncia a la dirección de la Imprenta Universitaria, en solidaridad con Juan Vicente Melo, que fue inicuamente echado de la dirección de la Casa del Lago por Gastón García Cantú; renunciemos con él varios, entre ellos García Ponce, De la Colina, Gurrola, en medio de un clamor de protesta (ahora parece que Gastón ha empezado a reconocer que fue, por lo menos "injusto" con Melo).

—¿Qué respuesta obtenías con tu crítica?

—La que recibes cuando das tu opinión sin tapujos, casi siempre una respuesta emotiva. Me han hasta pegado: invitado a cenar, besado (las escritoras *of course*), me han mandado aguacates, corbatas, pomos dizque en agradecimiento... Pero los escritores nunca quedan satisfechos de lo que dices de sus obras, aunque te digan que inmerecidamente te has ocupado de ellos. Miden las líneas ágata que les dedicas, sopesan los elogios, los comparan con los dedicados a otros... En fin....

—Se dice que a los escritores no les interesa la crítica, ¿qué piensas?

—Lo único que hacen es estar pendientes de lo que se dice de ellos en los periódicos y en los corrillos o en los teléfonos. El narcisismo les hace buscar el espejo de que te hablaba, el del reflejo de la crítica. Hay un hecho muy claro: un escritor lleva su manuscrito a un editor, éste tarda en publicarlo meses o años; el escritor está como paralizado, no puede seguir escribiendo, necesita esperar y ver la respuesta en el público, en la crítica. Por supuesto

que hay escritores muy maduros que no padecen esta esterilidad transitoria y escriben como si nada, incluso varios libros a la vez, mientras sale el que está en prensa. Pero recuerda que el libro sólo se cumple cuando encuentra su lector. El escritor tiene que saber si lo están entendiendo, si está llegando y a quiénes. Imagínate a un escritor joven al que un crítico le dice que su libro ha resultado aburrido, tedioso; por supuesto depende de quién le diga esto, Un Alatorre, un Terrés, un Paz... Cómo no los va a aburrir a ellos, si están dedicados a grandes cosas; pero si aburrió a un lector cercano a él en edad y conocimiento, la cosa es gravísima, puede entrar en una crisis muy seria. Imagínate que Pacheco hubiera aburrido a Monsiváis, por ejemplo.

—Siempre los jóvenes aprendemos de los escritores maduros...

—Acabo de leer un texto de Guadalupe Dueñas en el que recuerda a un Alfonso Reyes gruñón, quejándose de que algunos "totonacas" lo abrumaban exigiéndole que leyera sus textos para animarlos, para decirles por dónde sí y por dónde no. Esos "totonacas" eran seguramente los jóvenes de entonces, Martínez, Chumacero, González Durán, Fuentes, Pita Amor, Arreola, etc.

—¿Tiene el crítico influencia en que se dé a conocer un escritor?

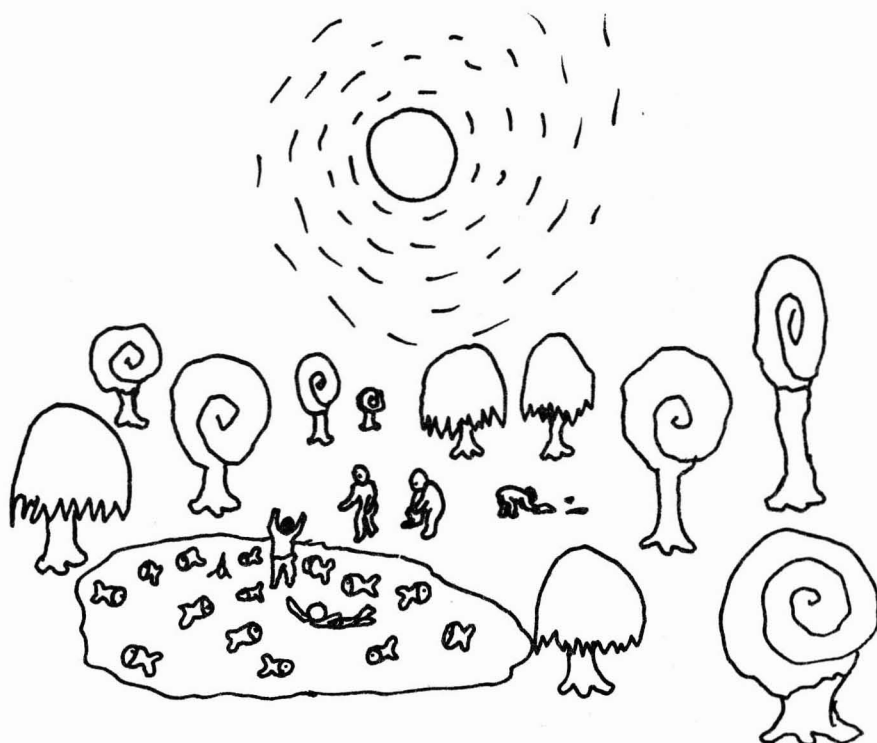
—El reconocimiento de un escritor depende mucho de los criterios de valor de una época; es claro que el crítico hace una función informativa, de guía. Hoy, en el mundo del consumo, el crítico es más que nada un propagandista. Las vedettes literarias han demostrado que el escándalo es muy importante: la indumentaria, las fotos en los periódicos, incluso el *sex appeal*. Yo (que escribo crítica en revistas y periódicos, buscando en la difusión consuelo a la terrible frustración que es la tarea docente que ha acabado con más de alguno, o con el corto alcance de las investigaciones académicas, la soledad del cubículo y el aislamiento del mundo) yo no me hago ilusiones ni pienso que por los grandes tirajes de la prensa voy a influir en cientos de miles; la gente no lee, muy pocos siguen la crítica. Además, es tan poco lo que logramos quienes estamos dedicados a la información bibliográfica...

—¿Pasa esto en México nada más?

—Si tú compras un periódico extranjero verás que la sección de reseñas es inmensa, nutrida; hay suplementos bibliográficos especializados en donde tienes de dónde escoger. Aquí estamos a años luz de una situación parecida. El suplemento de *Siempre* de Benítez fue lo que más se acercó a un buen momento de crítica en México, en los sesentas. Hoy casi todos los críticos de entonces son funcionarios... mudos por tanto. Ahí se difundió el pensamiento sobre cine, teatro, artes plásticas, sociología, política, literatura... que todavía nos ilumina.

—¿Qué tipo de crítica haces ahora?

—No estoy haciendo precisamente crítica profesional; estoy, por ejemplo en mi columna de *Sábado* (*UnomásUno*), intentando un estilo de información, de divulgación que gane el mayor número de lectores para este tipo de asuntos bibliográficos. Promuevo los libros, animo a los editores a hacer ediciones bellas, bien cuidadas, bien traducidas, numerosas; los conmino a pagar bien traductores y regalías. Estoy tratando de encontrar un tono que me permita hacer en el periódico una crítica desenfadada y divertida para que la lean, chismosa, agresiva y un poquito terrorista por lo mismo. Hablo tanto de tipografía, de encuadernación, como de la distribución y el mercado del libro. Toda mi vida me he dedicado a estas cosas, a editar libros y revistas, a cuidar, diseñar y hasta vender. Con Sergio Galindo, Alí Chumacero, Gustavo Sainz, logramos crear con María del Carmen Millán esa colección SEP-Setentas que se vendió y difundió mucho. Logramos sacar un libro cada semana, en grandes tirajes para como se hacen aquí, y hasta alguno que otro título importante (como se hizo una colección obligatoriamente "mexicana" en los temas, y como influyeron mucho autoridades que eran del rumbo de la historia y la antropología, la colección se hizo muy escolar y muy parcialmente histórica y antropológica). Con Porfirio Muñoz Ledo por poco se repite lo de Vasconcelos: editar en grandísimos tirajes a los clásicos antiguos y modernos. La SEP actual ha abandonado por desgracia la difusión editorial, que es la única que queda, que permanece.



—¿Qué influyó para que volvieras a la crítica en los periódicos?

—Te he hablado de la soledad del investigador y del profesor, que ve parar sus esfuerzos en reproducir malthusianamente su especie, así como ve reembodegados sus libros y revistas; el convencimiento de que sólo la difusión masiva puede hacer algo para cambiar al país; el deseo de estar en la literatura de acción y no en el gabinete académico solamente. Arturo Azuela me puso en contacto con *UnomásUno*, en donde la actitud de Manuel Becerra Acosta y de Carlos Payán te permite respirar y ensayar con libertad (de ahí que muchos profesores universitarios los hayan secundado), y luego Benítez y De la Colina, viejos amigos míos, me invitaron a *Sábado*.

—Si te hubieran ofrecido espacio en otra publicación ¿lo habrías tomado?

—Seguramente, dependiendo de en qué periódico. Una columna semanal es terrible, hay que dedicarle mucho esfuerzo, sacrificar mucho del tiempo propio y de la familia. Creo que los críticos deberían tener un sueldo que les permitiera sólo leer, a tiempo completo, como la famosa beca que Monsiváis pedía para poder leer *Terra Nostra* de Carlos Fuentes. Se necesita además una publicación de información bibliográfica seria....

—¿Quién podría patrocinar aquí ese tipo de publicación?

—Las editoriales mismas mediante el pago de publicidad. Pero aquí las editoriales gastan o invierten muy poco en anunciarse. Por eso creo que ese papel corresponde a las instituciones. Los periódicos, en sus suplementos y en sus secciones culturales lo han estado haciendo pero no profesionalmente.

—¿Cuánto se paga por una reseña en los periódicos?

—Recuerdo pagos de 50 pesos, luego de 300. Los artículos editoriales los pagan a 500 actualmente. *Vuelta* y otras revistas pagan 100 pesos por cuartilla. A los traductores les pagan en las mejores editoriales 50 pesos página. Es ridículo ¿no?

—Ese podría ser uno de los motivos de la falta de críticos... Ahora ¿qué pasa con la crítica "seria"?

—La crítica académica, "científica" quieren llamarla, se queda en las revistas y anuarios especializados que leen los colegas del crítico. Naturalmente este trabajo es todavía más ingrato y menos abundante. Muchos estudios podrían ser mayormente difundidos. La *Revista de la Universidad*, *Texto Crítico*, *Vuelta*, *Nexos*... están incluyendo cada vez más crítica. Pero de la Crítica con mayúscula habría que hablar largo y tendido. En la Facultad de Filosofía hay cursos monográficos y seminarios de poética que empiezan a ocuparse; también en El Colegio, incluso en provincia: Xalapa, Puebla, Monterrey....